

colección rúbrica



ÁNGEL BARRAGÁN CERRATO
ALONSO

esstudio
ediciones

El silencio

Los ojos, despojados de brillo y vida, se mantienen abiertos aún y parecen haber sido sorprendidos por la muerte como por un fogonazo en la noche. Literalmente podía haber sucedido así. La sangre cuajada dibuja un aura siniestra alrededor del cuerpo. No parece que, antes de morir, hubiera tenido espasmos ni hay muestras de forcejeo previo a su final. No se le escapa ese detalle ni otros muchos pormenores que se han imprimido en su mente como una fotografía, fija y llena de hallazgos significativos, de elocuentes señales que, de momento, no se han articulado. «Todos los cadáveres hablan», recuerda una y otra vez haber escuchado de sus mejores maestros. Granada no es una ciudad grande. En muchos sentidos, para los originales, sigue teniendo el tradicional «sabor de pueblo». Si no es directamente, casi todos llegan a adivinar quién es cualquiera conectando algún vínculo con conocidos comunes. Precisamente por eso le resulta desconcertante una muerte como aquella, sin que nadie sepa decir una sola palabra sobre el individuo que unas horas atrás ha encontrado la muerte. Así de incierta comienza la semana.

Su mirada profunda y escrutadora es la primera instancia con la que puede encontrarse cualquier delincuente de la ciudad si tiene la desgracia de ser su asunto. Una barba canosa de tres días en su rostro enjuto alfombra la barbilla como una loma cubierta de nieve sin cuajar. Sus ojos verdes hierbabuena, ligeramente hundidos en las cuencas, aparentan más edad y una desordenada vida de enfermizo apego a su profesión que dista mucho de ser solo un trabajo. Pepe Recio vive y ama como un policía. Aunque madurez y veteranía no suelen caminar juntas en su gremio, a primera vista, tratándose de él, cualquiera

adivinaría la madura prestancia de un hombre veterano, hecho a trabajar a cualquier hora, dormir a ratos y reventarse el puño sobre la mesa cuando las cosas no discurren por su camino. Su intachable hoja de servicios ha terminado por malacostumbrarle y, por eso, porque no suele saborear la hiel del desencanto, vislumbra el fracaso como una posibilidad remota.

Se mantiene en forma a pesar de haber superado la edad meridiana a partir de la cual pareciera que solo resta declinar resignadamente. A las razones genéticas que influyen en su fortaleza, él suma dosis diarias de ejercicio haciendo de los dos kilómetros del boulevard de la avenida de Madrid un circuito habitual. Sus proporciones armónicas le confieren un estilo elegante, a pesar de que la forma de vestir, desenfadado y casi desaliñado, matiza el empaque y elegancia de su porte.

Su placa y su *Beretta* de 9 milímetros son credenciales para resolver problemas serios, cuando su palabra de hombre experto en inmunicias urbanas se cruza con los ojos vidriosos de la muerte o cuando la maldad humana se desata más allá de lo admisible. Recio representa mucho más que la ley y el orden. Para las nuevas generaciones de jóvenes policías, la débil frontera entre lo legal y lo ilegal en la profesión de perseguir el delito encuentra un modelo perfecto en su estilo tosco y práctico de resolver los problemas. Esa forma de servir a los ciudadanos a veces supone pisar más allá de donde la mayoría de los agentes están dispuestos a llegar y, ante todo, en perseverar incluso cuando todos consideran cerrado un caso. «No es suerte; es empeño», suele decir. Su cazadora de cuero y sus inconfundibles andares pausados en la escena de cualquier crimen se han convertido en las señales más claras de que, tarde o temprano, hasta los asuntos más complejos encontrarán una explicación con la misma inexorable relación con que al relámpago le sucede el trueno. Sin embargo, la discreción y el mimetismo en los peores ambientes son los rasgos predominantes en su forma de ser. Su cabeza se ha llenado de canas desde dos o tres años

atrás y, lejos de darle apariencia de persona decadente, revisten su estilo de una cierta autoridad añadida.

A Pepe no le da miedo la muerte. En cualquier western habría sido un tipo duro e implacable. Le gusta el café solo y denso, humeante y sin azúcar. Con el paso del tiempo le interesa solo eso, la esencia de las cosas. Por eso disfruta también de la música alta, el whisky solo, el silencio denso y la oscuridad completa. En muchas otras cosas menores se ha hecho permisivo, sin atreverse a contradecir el inexorable efecto que en su ánimo han hecho algunas convicciones hasta doblegarlo, aunque no del todo. Por eso no se vende a cualquier causa. Selecciona, fiado de su instinto, el puñado de razones por las que merece la pena apartarse del camino de la ley y dejar paso a su puño cerrado o a una bala anónima. Nunca sabe reír por cortesía ni se ampara en la retórica por inseguridad. Habla sin rodeos, como corresponde a hombres de su condición, sin dejar margen al doble sentido o la confusión, lejos de la demagogia de despacho. Habla un buen español que se mimetiza perfectamente en cada ambiente. Por lo demás, sus apariencias no difieren mucho del porte de un corredor de fondo sin concesiones excesivas a la estética. Fumador empedernido, su voz se ha tornado más ronca y rotunda. A juego con su mirada escrutadora, apenas oculta tras unas *Ray-ban* casi opacas y su andar firme y calmado, Recio daría la talla como protagonista en una de Fritz Lang.

El olor a tabaco y los incorregibles ademanes caninos se mezclan en el ambiente con un residual tufo a incienso y alcanfor. La sacristía de la catedral no es, desde luego, un lugar frecuentado por policías desde más de quinientos años atrás. Se despierta a sí mismo de una leve ensoñación y constata que, por muy anacrónico que sea, los hechos son tozudos y sorprendentes. En pleno siglo XXI la sangre ha profanado aquel espacio de culto y silencio.

—Un solo disparo...

—Pero certero.

—Tras atravesar el pecho de la víctima impactó contra aquel cristal. Estaba blindado y rebotó... Hemos recuperado la bala —confirma uno de sus compañeros.

—Gracias —responde Recio mirando hacia la urna blindada en la que, efectivamente, el cristal ha repelido el disparo quedando agrietado en ese punto como un ojo de gato.

Se acerca y contempla la imagen que protege el cristal. Debe ser antigua y valiosa. Le desconcierta el pequeño círculo de grafiti rojo, del tamaño de una pelota de tenis que alguien, el autor de aquel crimen quizá, ha dejado como una firma a dos o tres centímetros por debajo del impacto de la bala, justo a la altura de la cabeza de la pequeña imagen.

Duelos

El comisario es el polo opuesto de un binomio casi algorítmico, el de Recio por un lado, un policía de raza, vagabundo abandonado a su suerte, veterano cumplidor del deber y fiel a sus convicciones, y Schneider, burócrata redomado, sin más normas ni reglas que las que es capaz de improvisar. Encaja en este perfil con la misma exactitud que un tornillo en su tuerca. Gracias a ello, siguiendo una automática sucesión de causas y efectos, ha conseguido llegar a la Jefatura por la puerta de la indolencia.

Su apellido, de origen germánico, le infiere un toque de distinción al rótulo de la puerta de su despacho, pero su escaso potencial físico no está a disposición de nada que no sea su propio interés. Es como si poseer un apellido así facilitara las cosas o allanase el camino para ascender en una profesión que, para algunos, consiste precisamente en eso, en promocionarse a costa de los esfuerzos ajenos y, sobre todo, perfeccionando su discreción hasta hacer de ella un defecto muy parecido a la indolencia.

A pesar del rasgo más sofisticado que pudiera adivinarse en la ascendencia del comisario, la realidad es que Schneider se ha convertido en el hombre menos refinado de todos los de su especie. Su sobrepeso y sus orondas hechuras van a juego con esa desidia tan propia de los hombres inmersos en el desencanto total. Ha abandonado mil proyectos, abortado cientos de propósitos y, en fin, ha terminado por dejarse en manos del hastío, que es como se empieza el camino hacia el ocaso. Forma parte del Cuerpo Nacional de Policía y ostenta el mando...

—Le han dejado frito con una puntería de especialista —dice Schneider queriendo hacerse oír por Recio pero sin mirarle.

—El forense lo dirá. Juraría que el disparo le ha alcanzado justamente en el centro del corazón, ni un milímetro de desvío en la trayectoria ni la necesidad de asegurar un segundo disparo —asevera Recio manteniendo las manos en los bolsillos de su cazadora.

—¡En menuda mierda debía andar metido este infeliz! Quizá nunca imaginó que estaba ante alguien con los arrestos como para liquidarlo de esta manera. Si algún día viene la muerte a por mí en forma de bala —añade Schneider mirando a Recio de reojo—, que sea así, sin agonías ni estertores.

—Morirás de viejo, Schneider, hecho un despojo —repone Recio con una media sonrisa dibujada con sincero desdén.

—En cambio, tú terminarás como un héroe a manos de un desalmado traficante en mitad de cualquier reyerta callejera, atravesado por el filo de un estilete o boqueando como un salmón en cualquier acera con dos agujeros en el estómago —corresponde Schneider imprimiendo en su mirada todo el sarcasmo de que es capaz.

—Al final me echarán del Cuerpo por mandarte al hospital, y no de visita precisamente... —asevera Recio conteniéndose.

—Notarás que estoy temblando de terror... No es Parkinson... es pánico... —añade con toda la sorna de la que es capaz llevándose la palma a la boca y simulando un miedo que no consigue escenificar del todo.

—El círculo de grafiti rojo —intenta Recio reconducir sus pesquisas resoplando resignadamente—. Necesitamos saber qué significa. ¿Una marca indistinta? ¿Una alusión a la sangre? ¿El punto central de una diana? ¿El mundo entero?...

—También podría estar dibujado ahí antes de que pasara todo —barrunta Schneider.

—Eres idiota de los que ya no quedan... pero es que, incluso aunque se acabasen los idiotas, tú seguirías siendo el de reserva que la especie necesita para perpetuarse —contraviene Recio el debido respeto a su superior como un gato abofetea a un tigre.

Schneider anda lentamente hacia atrás y se aparta del inspector levantando lentamente el dedo corazón de su mano derecha. Este responde con una blasfemia tan explícita que, probablemente, sea la primera vez en cientos de años que una expresión así resuena en aquel lugar.

Son las diez de la mañana y las espadas de los dos policías más importantes de la ciudad vuelven a chocar con estrépito en el sitio más insospechado, cada una empuñada a su estilo. La de Schneider como un bisturí manejado con precisión, la de Pepe Recio un mandoble que reparte tajos profundos sin miramiento. Son duelos habituales e idénticos de dos enemigos eternos, inseparablemente unidos contra el crimen y enemistados en todo lo demás.

La muchacha

Pepe Recio se dirige al fotógrafo que cumple con su cometido enfundado en un buzo de color blanco. Exceptuando aquel cadáver y la pintada roja en la urna, lo único que hubiera desentonado de cualquier día normal en aquel lugar es que los trajes blancos, los monos en los que se ha enfundado la Policía Científica, en este caso, no obedecen a razones litúrgicas precisamente.

Dos policías dialogan a escasos metros de la puerta de la estancia y miran los colores que un limpio amanecer proyecta en el templo a través de sus cristaleras policromadas. Por un momento, el deán, arrodillado, en la primera fila de bancos, piensa en aquella terrible contradicción... Dos hechos tan distintos que concurren en un lugar como aquel, tan cerca la maldad de lo sublime, la paz de la violencia y lo sagrado de lo mundano.

Don Leopoldo suspira visiblemente agitado, notándose en su figura una mezcla de pena y desconcierto. Así se mantiene un largo rato y, levantándose con dificultad, se acerca a interesarse por la duración de aquel procedimiento policial. En su expresión se trasluce inquietud pero contención. Aquella catedral que él siente como parte de sí mismo ha sido ultrajada y a nadie se le escapa que tardará mucho en dejar de asociarse a lo que ha ocurrido. Uno de los policías le explica que la situación podría prorrogarse varias horas más. De momento le está prohibido el acceso a la que, a fin de cuentas, es la escena de un asesinato. Una cinta roja con el rótulo «*Prohibido el paso. Policía*» y la potente luz de cuatro focos halógenos son señales que le despiertan sin alivio de lo que, desgraciadamente, no ha sido una pesadilla.